

# LA VISITA DEL PADRE JAMES HAYES, S. J., AL PAÍS CARLISTA. TRADUCCIÓN Y COMENTARIO

Por GALO GARCÉS ÁVALOS\*

## 1. Nota previa

El presente artículo no habría podido ser realizado sin el inestimable apoyo de Ignacio Hernández García, Universidad de Valladolid, a quien va dedicado. Asimismo, el artículo va dedicado también a dos queridos amigos y mentores jesuitas, los profesores Robert Bireley, S. J. (Loyola University) y Joseph Munitiz, S. J. (Campion Hall), a quienes debemos gran parte del conocimiento adquirido sobre temas como Bizancio, la Guerra de los Treinta Años, y la misma historia de la Compañía de Jesús. Cabe agradecer enormemente el apoyo de Ricardo Mateos Sáinz de Medrano, por las múltiples referencias que nos brindó sobre la educación de los príncipes católicos de Europa por padres jesuitas, y también el de la Prof. Alexandra Wilhelmsen (Universidad de Dallas), quien años atrás compartió con nosotros sus publicaciones sobre la Princesa de Beira y Doña Beatriz de Austria-Este. Finalmente, agradecer el apoyo del P. Manuel Revuelta González, S. J. (Universidad Pontificia Comillas), quien nos brindó interesantes referencias bibliográficas para el presente artículo, y de quien quedamos profundamente agradecidos.

## 2. Introducción

Corría el año 1814, y el Papa Pío VII, ya libre del cautiverio napoleónico, decretaba mediante la bula pontificia *Sollicitudo omnium ecclesiarum* la restauración

---

\* Alumno de la Promoción LIV de la Academia Diplomática del Perú Javier Pérez de Cuellar, Bachiller en Derecho por la Universidad de Lima.

universal de la Compañía de Jesús, que en 1773 había sido suprimida por Clemente XIV por presión de las monarquías ilustradas de Europa, con los Borbones a la cabeza. Ya en 1801, el Pontífice había decretado el reconocimiento formal y canónico de la Compañía en Rusia –Imperio que fue refugio de los jesuitas expulsados– mediante el breve *Catholicae Fidei*, reconociendo al Padre Franciszek Kareu (1731-1802) como Prepósito General<sup>1</sup>.

La restauración de la Compañía de Jesús obedecía en gran medida a la necesidad de una contraofensiva de los poderes del *Ancien Régime* de llevar la Contrarrevolución a las naciones de Europa occidental, las cuales, seducidas largo tiempo por las ideas ilustradas, habían padecido los estragos de la posterior revolución que, estallando en Francia, abarcó luego a casi todo Occidente, con las campañas de Napoleón y su década imperial (1804-1814/15).

La restauración jesuítica en Europa occidental fue bien acogida por los monarcas de la Santa Alianza, en especial los Principados de Italia (Módena y Nápoles por citar insignes ejemplos), la Francia de Luis XVIII, entre otros. Mas efímera fue la acogida, en tanto que el siglo XIX se mostraría igual de azaroso para la Compañía que el XVIII, siendo ésta expulsada de Holanda en 1818, de su antiguo refugio en Rusia en 1820, y en el contexto de las guerras liberales que asolaron la Península Ibérica, de Portugal en 1834 y al año siguiente de España, y de Italia tras la victoria final del *Risorgimento* en 1873.

Entre las muchas ironías de la historia, encontramos que apenas restaurada la Compañía, padres jesuitas fueron solicitados por varios monarcas de Europa para educar a los príncipes de sus prosapias, en especial los Borbones, quienes en el siglo XVIII les habían expulsado de todos sus dominios, europeos y americanos.

En Francia, el joven heredero al trono, Enrique d'Artois, «Hijo del Milagro» y duque de Burdeos –futuro Conde de Chambord– fue educado por preceptores jesuitas<sup>2</sup>, e incluso el rey Fernando II de las Dos Sicilias confió la educación de sus vástagos a los padres de la Compañía<sup>3</sup>. En 1867 la duquesa de Parma, hermana de Chambord, encargó la educación de su hijo Enrique a los jesuitas de Teldhirscheng, mientras que la viuda del rey Miguel de Portugal, la princesa Adelaida de Löwens-

---

1. Véase para mayores detalles el excelente libro de Marek INGLÓT, *La Compagnia di Gesù nell'Impero ruso*, Roma, Università Gregoriana, 1997, *passim*.

2. Marvin Luther BROWN, *The Comte de Chambord: The Third Republic's Uncompromising King*, Durham N. C., Duke University Press, 1967, p. 28 y Ricardo MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, «King of France by Divine Right», *Royalty Digest*, 45 (1995), p. 295, quien resalta la decisión del rey Carlos X de evitar que su nieto y heredero recibiera una educación acorde al *esprit du temps* (tr. «espíritu de los tiempos»), confiando por ello a los jesuitas la formación del joven Chambord.

3. Ricardo MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, *Los desconocidos infantes de España: Casa de Borbón*, Barcelona, Thassàlia, 1996, p. 231.

tein-Wertheim-Rosenberg, marchaba rumbo a Metz a matricular a sus hijos en el prestigioso *Collège Saint-Clément* (1852-1872), que a juicio de la princesa de Beira, era «el mejor colegio de jesuitas que existe»<sup>4</sup>.

### 3. Los Jesuitas y el Carlismo: El Padre Cabrera y Carlos VII

Particular predilección por los restaurados jesuitas tuvieron los príncipes carlistas de España, en especial por la influencia de sus consortes. Doña María Teresa de Braganza (1793-1874), princesa de Beira y consorte de Don Carlos<sup>5</sup>, evidenciaba su favor hacia los jesuitas en una de sus cartas al Infante Don Sebastián (1811-1875)<sup>6</sup>, su hijo y antaño vencedor en Oriamendi, recomendando a éste último los colegios de la Compañía como excelentes centros educativos para sus hijos<sup>7</sup>, y también relatando en otra carta los viajes de su nieto Don Alfonso Carlos, duque de San Jaime (1849-1936), acompañado por un padre de la Compañía de nombre Manuel<sup>8</sup>.

Sin embargo, quien mantuvo una fuerte influencia jesuítica en la Familia Real Carlista fue sin dudas Doña María Beatriz de Austria-Este<sup>9</sup>, esposa del Infante D. Juan, conde de Motizón –el menor de los hijos de D. Carlos– y madre del futuro reclamante D. Carlos VII y de su hermano el Infante Alfonso Carlos. Siendo una princesa de la Casa de Austria-Este de Módena, famosa por su política reaccionaria y ultramontana<sup>10</sup>,

---

4. Carta al Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza de su madre, María Teresa de Braganza y Borbón, princesa de Beira y condesa viuda de Molina, de fecha 11 de septiembre de 1867, en Trieste, transcrita en Conde de RODEZNO (Tomás Domínguez Arévalo), *La Princesa de Beira y los Hijos de Don Carlos*, Madrid, Cultura Española, 1938, pp. 266-267. Para el Colegio de San Clemente, perteneciente a la Compañía de Jesús en Metz, véase L. VIANSSON-PONTÉ, *Les Jésuites à Metz: Collège Saint-Louis 1622-1762, Collège Saint-Clément 1852-1872*, Strasbourg, F. X. Le Roux & Cie., 1897.

5. Para una biografía de la Princesa de Beira, véase la clásica obra del Conde de RODEZNO, *La Princesa de Beira y los Hijos de Don Carlos*, cit., pp. 9-245, y el artículo más reciente escrito sobre su figura por Alexandra WILHELMSSEN, «María Teresa of Braganza, Portuguese Princess of Beira, Wife of the Pretender Carlos V», *Mediterranean Studies*, vol. VI (1996), pp. 79-101.

6. Para una biografía del Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza (1811-1875), véase el capítulo que a su figura le dedica Ricardo MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, *Los desconocidos infantes*, cit., pp. 131-152.

7. Véase pie de página 5.

8. Carta de la Princesa de Beira a su hijo, el Infante D. Sebastián Gabriel, de fecha 3 de julio de 1868, Trieste, transcrita en Conde de RODEZNO, *op. cit.*, pp. 269-270.

9. Sobre la madre de D. Carlos VII, no encontramos otra biografía más que la de Manuel POLO Y PEYROLÓN, *La madre de don Carlos*, Valencia, Tipografía Moderna, 1906.

10. Para una historia breve de los Austria-Este de Módena, véase el artículo de Ricardo MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, «The most pious court of Europe», *Royalty Digest*, 49 (1995), pp. 20-23. Para el ultramontanismo de sus duques y la actividad intelectual católica en el ducado, véase la obra de Stanislaw da CAMPAGNOLA, *Cattolici intransigenti a Modena agli inizi della Restaurazione*, Modena, Aedes Muratoriana, 1984.

e hija del duque legitimista modenés Francesco IV y de la princesa María Beatriz de Cerdeña, la condesa de Motizón fue una mujer de sólidos principios religiosos, y confió en gran medida a los padres de la Compañía de Jesús la educación de sus hijos y eligió de entre éstos a sus propio confesores, los italianos Francesco Venanzi y Pablo Borgazzi<sup>11</sup>.

La mayor influencia jesuítica en vida de D. Carlos VII fue la del Padre Francisco Ignacio Cabrera y Aguilar, S. J. (1813-1886), quien fue su profesor de latín, aritmética, geografía y, fundamentalmente, historia de España<sup>12</sup>. Este sacerdote jesuita cordobés era hijo de Don Diego de Cabrera y Fernández de Mesa, VI conde de Villanueva de Cárdenas y VII marqués de Villaseca, y de su segunda esposa doña María de la Soledad González de Aguilar y Espinosa. Nacido y educado en el seno de una familia tradicionalista y carlista, el Padre Cabrera marchó a Italia y llegó a ser nombrado monseñor y camarero del Papa Gregorio XVI, y en 1855, a los cuarenta y dos años, ingresó a la Compañía de Jesús<sup>13</sup>.

Ese mismo año fue designado preceptor de los príncipes carlistas por la madre de éstos, Doña Beatriz, y les siguió a Módena y luego a Praga cuando hubo caído el ducado estense en manos de los piemonteses. Cerca de cinco años fue el Padre Cabrera preceptor de los herederos del Carlismo, y tras ser separado de éstos en 1860<sup>14</sup>, marchó de regreso a su patria, dedicándose a obras populares. Junto a su

---

11. Para mayores detalles véase el artículo de Alexandra WILHELMSSEN, «María Beatrice di Austria-Este Savoia y la formación intelectual de su hijo mayor, el pretendiente Carlos VII», *Aportes* (Madrid), n. 36 (1998), pp. 69-86. El prelado modenés Cesare Galvani, miembro de la nobleza del ducado, también fue tutor de los infantes carlistas, y autor de una biografía del duque Francisco IV (r. 1814-1846), titulada *Memoria storiche intorno la vita dell'arciduca Francesco IV d'Austria d'Este, Duca di Modena, Reggio, Mirandola, Massa e Carrara, etc. etc. etc. compilate da Cesare Galvani, sacerdote modenese, Volume Primo*, Modena, Antonio ed Angelo Cappelli, 1846.

12. Jaime DE CARLOS GÓMEZ RODULFO, «Prólogo, Notas y Apéndices», en CARLOS VII, *Cartas inéditas de Carlos VII*, Madrid, Ediciones Montejuorra, 1959, pp. 49-50.

13. Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, S.J., *La Compañía de Jesús en la España contemporánea, Vol. I: Supresión y reinstalación (1868-1883)*, Madrid, Sal Terrae, 1984, pp. 221-222. Para información sobre la familia del P. Cabrera, véase la obra de Jorge VALVERDE FRAIKIN, *Títulos Nobiliarios Andaluces*, Granada, Editorial Andalucía, 1991, pp. 234 y 298. El conde don Diego había casado en primeras nupcias con María de las Mercedes Pérez de Saavedra-Narváez y Caicedo, V condesa de la Jarosa, con la cual tuvo dos hijos varones, Ramón y Fernando, sucediéndole éste último en sus mayorazgos y títulos. De su segundo matrimonio con María de la Soledad González de Aguilar y Espinosa, nacerían el P. Cabrera y su hermana Ana Rafaela de Cabrera y González de Aguilar, señora de Oleza, quien llevó el nombre de su abuela, la VI Marquesa de Villaseca. Véase también para mayores referencias sobre los padres del P. Cabrera, Emilio DE CÁRDENAS PIERA, *Memoriales de títulos nobiliarios e hidalgos para obtener facultad y consignar renta de viudedad, siglos XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Ediciones Hidalguía, 1989, p. 215.

14. Alexandra WILHELMSSEN, «Maria Beatrice di Austria-Este Savoia», *loc. cit.*, p. 76, el Padre Ramón Capdevilla también fue preceptor de los infantes carlistas.

compañero de misión, el alavés Padre Arcaya, el jesuita Cabrera fue muy querido por el pueblo llano dada su sencillez, su dedicación a los pobres, junto a su carisma y fervor. Falleció en el año 1886, publicándose en el *Mensajero del Corazón de Jesús* una sentida nota necrológica en su honor<sup>15</sup>.

Profunda huella dejó el Padre Cabrera en la niñez de Don Carlos VII, al punto que este último llegara a recordarle con las siguientes palabras:

«Yo quería al P. Cabrera, le tenía un amor entrañable; me enseñaba historia de España y me la hacía escribir; ilustraba mi historia con armas de todas las provincias y con planos de batallas. Sabía dar un deleite especial a todo lo que enseñaba»<sup>16</sup>.

En la misma década en la que el Padre Cabrera instruía a los Infantes carlistas, el Papa Pío IX había conseguido el restablecimiento de la jerarquía católica en la Gran Bretaña<sup>17</sup>, y para los jesuitas, como para muchas otras órdenes, significó el retorno a la largo tiempo abandonada Provincia de Inglaterra. Es allí en donde encontramos a la figura del Padre James Hayes, S. J. (1839-1907), cuya carta y recuento de su viaje en las Provincias Vascongadas carlistas recogemos en el presente artículo<sup>18</sup>.

No contamos con abundante información sobre el Padre Hayes, salvo el testimonio que dejó sobre su visita a las Provincias Vascongadas, publicada en el año 1874, en plena Tercera Guerra Carlista (1872-1876), y el hecho que el 26 de agosto de 1881 fue incorporado al prestigioso centro educativo jesuita en Inglaterra, el *Beaumont College*, siendo elegido por el reclamante D. Carlos VII para ser responsable de la educación y guía espiritual de su hijo D. Jaime en la mencionada institución, dadas las simpatías carlistas que el jesuita inglés había demostrado durante su paso por territorio carlista casi una década atrás<sup>19</sup>.

---

15. Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *La Compañía de Jesús, I*, cit., pp. 221-226 brinda el mejor recuento de la carrera del Padre Cabrera y su compañero el Padre Arcaya. Para la nota necrológica del Padre Cabrera, a su muerte en 1886, véase la revista *El Mensajero del Sagrado Corazón*, 1886 (2), pp. 34-48.

16. Alexandra WILHELMESEN, «Maria Beatrice di Austria-Este Savoia», *loc. cit.*, p. 76.

17. Véase Yves CHIRON, *Pío IX*, Madrid, Palabra, 2002, pp. 205-209, para el restablecimiento de la jerarquía católica tanto en Inglaterra como en los Países Bajos.

18. La fecha de nacimiento del Padre Hayes la hemos encontrado en el artículo de Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI, «Alumnos españoles en el internado jesuita de Beaumont (Old Windsor, Inglaterra), 1880-1886», *Hispania Sacra* (Madrid), vol. LXVI (2014), p. 414.

19. Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI, «Alumnos españoles», *loc. cit.*, p. 414, mientras que para el ingreso de D. Jaime al Beaumont College y parte de su vida escolar, véase pp. 411-415 y ss., y para una visita de D. Carlos VII y Doña Margarita al internado pp. 417-420.

#### 4. El testimonio de James Hayes, S. J., sobre las Provincias Vascongadas durante la Tercera Guerra Carlista (1872-1876)

La carta-testimonio del Padre Hayes fue publicada en la revista de los jesuitas ingleses *Letters and Notices*<sup>20</sup>, e iba dirigida al Provincial de Inglaterra en ese entonces, el Padre Peter Gallwey, S. J. (1820-1906)<sup>21</sup>, fechada el día 24 de agosto de 1874 desde la Casa de la Compañía en Poyanne, Francia, que tras su compra en 1869 al aristócrata belga Leopold Moreau de Bellaing, alojó a los jesuitas españoles expulsados en 1868 de la Provincia de Castilla. Allí pasaría gran parte de su vida el futuro XXIV Prepósito General de la Compañía de Jesús y simpatizante del Carlismo, el Padre Luis Martín García S. J., (1846-1906) al haber cursado estudios en dicha casa de 1869 a 1880<sup>22</sup>.

El relato del Padre Hayes sobre la situación de las Provincias Vascongadas en plena Tercera Guerra Carlista es una fuente invaluable para comprender el desen-

---

20. James HAYES, S. J., «Visit to the Carlist Country, December 1874», *Letters and Notices*, 10 (1875), pp. 121-128. En el presente artículo ofrecemos una traducción al castellano del testimonio del P. Hayes.

21. Acorde a Ludwig SCHMITT (Ed.), *Synopsis historiae Societatis Jesu*, Regensburg, Pustet, 1914, pp. 581-582, el Padre Gallwey asumió el rango de Provincial de Inglaterra el 3 de julio de 1873, siendo sucedido el 1 de septiembre de 1876 por el P. James Jones, S. J. El Padre Gallwey fue uno de los más destacados jesuitas de la provincia de Inglaterra, autor de numerosos discursos fúnebres sobre personalidades católicas y meditaciones sobre la Pasión, así como notable predicador, educador y director espiritual. Sus memorias, editadas por Michael GAVIN, S. J., *Memoirs of Fr. P. Gallwey, S.J.*, London, Burns & Oates, 1913, constituyen una fuente invaluable sobre la historia de la Provincia jesuítica de Inglaterra durante mediados-fines del siglo XIX e inicios del XX. El semanario católico inglés *The Tablet*, de fecha 29 de septiembre de 1906, pp. 481-483, publicó una sentida nota necrológica tras su deceso.

22. Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *La Compañía de Jesús, I*, cit., pp. 264-270. Para las simpatías del Padre General por el carlismo, y la política de León XIII al respecto, véase la reseña bibliográfica de Francisco José FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, «José Ramón Eguillor, Manuel Revuelta y Rafael M. Sáenz de Diego: Memorias del P. Luis Martín, General de la Compañía de Jesús, tomo I (1846-1891), tomo II (1892-1906)», *Verbo* (Madrid), n. 429-430 (2004), pp. 904-905. Opinión contraria a la anteriormente citada es la del político carlista Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918), quien en sus memorias señala: «Recojo todos estos detalles porque Melgar, al encargarme la visita, me dijo que el asistente profesor Latorre era integrante pero que el general profesor Martín era carlista, y yo no perdí ripio para entrever el carlismo del papa negro. La prudencia se impone en todos, ciertamente, y más en hombres que ocupan tales alturas, pero creo sinceramente que en Venecia están equivocados, y que ni el general ni ningún padre grave de la Compañía simpatizan con el carlismo y sus representantes. Incluso al contrario, sospecho que los jesuitas son los que más daño han hecho en todo tiempo a la Causa carlista en España y me fundo para ello en hechos incontrovertibles [...]», citando seguidamente el apoyo jesuita a la rebeldía de Nocedal y la mala influencia del padre Borgazzi, confesor de Doña Beatriz, sobre su hijo D. Carlos VII. Véase para la citada referencia Javier URCELAY ALONSO (ed.), *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913). Crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 93-94.

volvimiento del conflicto en dicha región, pero el principal aporte del testimonio del jesuita inglés es el análisis antropológico que efectúa del pueblo vasco, sus costumbres, su religiosidad, y en especial su convicción respecto a la justicia de la Causa carlista y la identificación de la misma con la defensa de la religión frente al fallido régimen liberal y secularizador<sup>23</sup>.

La descripción de Hayes sobre el pueblo vasco delata su admiración hacia éste, en especial por su genuina religiosidad y piedad:

«Los vascos son una raza laboriosa e inteligente, bien parecida y amable, simple en sus modales, de naturaleza pacífica, más independiente e indómita cuando poseída por una idea; son, además, rebosantes de fe y religión. No podéis imagináros la impresión que produjeron en mí durante las tres semanas que pasé en medio de esta buena gente, tan genuina y profundamente Católica, entre la cual todo lo que se respira es religión»<sup>24</sup>.

Seguidamente, el sacerdote jesuita cuenta su llegada al cuartel jesuita en Oyarzun, cerca de Hernani, en donde fueron acogedoramente recibidos él y sus cinco compañeros por los soldados carlistas. Camino a Loyola, hogar de San Ignacio, los seis jesuitas se encontraron con Don Carlos y su padre, Don Juan, conde de Montizón (1822-1887), acompañados del alto mando militar carlista, entre quienes destacaba Antonio Dorregaray y Dominguera (1823-1882)<sup>25</sup>, capitán-general de las provincias vasco-navarras y vencedor de las huestes de la I República Española en las batallas de Montejurra (noviembre de 1873) y la Abárzuza (junio de 1874)<sup>26</sup>.

Una anécdota amena del viaje de los jesuitas fue su entrada en Azpeitia, en donde confundieron el coche de éstos con el del Rey, y fueron recibidos entre risas y un ambiente de cordialidad por el pueblo y los soldados. Llegados a Loyola, el Padre Hayes relata la celebración de su primera misa en la *Santa Casa*, hogar de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, y las condiciones de la misma. El jesuita inglés no escatima palabras para expresar la dicha de haber celebrado su primera misa en el altar de San Ignacio, en la misma habitación en donde

---

23. Para los antecedentes del Carlismo en las Provincias Vascongadas véase John F. COVERDALE, *The Basque Phase of Spain's First Carlist War*, Princeton NJ, Princeton University Press, 1984.

24. James HAYES, «Visit to the Carlist Country», *loc. cit.*, p. 122: «The Basques are an industrious, intelligent race, handsome and amiable, simple in their manners, naturally pacific but independent and unyielding when possessed by an idea; they are besides brimful of faith and religion. You cannot imagine the impression produced on me by three weeks passed in the midst of this good people, so genuinely and thoroughly Catholic, amongst whom everything breathes religion».

25. Para una biografía de Dorregaray, véase Javier LARRAYOZ, *Dorregaray, el general enigmático: (historia de un sumario)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1978.

26. James HAYES, «Visit to the Carlist Country», *loc. cit.*, p. 123.

el Santo, herido tras la defensa de Pamplona en 1521, tuvo la visión de San Pedro y la Santa Virgen que cambió su vida<sup>27</sup>.

La defensa que el Padre Hayes formula sobre los soldados vascos carlistas frente a la crítica extranjera es loable, en especial cuando menciona el que algunos medios de prensa tildaran despectivamente a estos como «harapientos mendigos», a lo cual el sacerdote, con sagacidad digna de un hijo de San Ignacio, replica en lengua latina: *Habitus non facit monachum*, «el hábito no hace al monje». Clara referencia a la identificación que el jesuita inglés hace de los vascos carlistas como auténticos soldados de Cristo y defensores de la iglesia<sup>28</sup>.

Un punto interesante de la observación de Hayes es su percepción de la Causa de los vascos independientemente del reclamo legítimo de D. Carlos VII al trono de las Españas, resaltando el enfoque sobre los principios que caracteriza la lucha de los vascos contra el régimen liberal:

«Pese a los rasgones y parches, los carlistas son espléndidos soldados, generalmente bien entrenados y llenos de entusiasmo por la causa, que en el pensamiento de la vasta mayoría, especialmente en la tropa y oficiales subordinados, es la de la religión antes que la de Don Carlos. Tanto así, que puedo decir sin vacilación de lo que he visto y he oído por mí mismo, que sin Don Carlos resultara falso a los principios ultramontanos, y diera señales de acercamiento al liberalismo, pronto sería apartado como su padre Don Juan, otro representante elegido, y la guerra que ahora es “hasta la muerte” continuaría»<sup>29</sup>.

Es decir, la verdadera lucha del pueblo vasco es por la religión, por la Fe Católica, y luchan a lado de D. Carlos porque, en tanto príncipe legitimista y reclamante al trono de las Españas, encarna en su persona la defensa de dichos principios que constituyen el alma de toda una colectividad.

Bien menciona el Padre Hayes la importancia de la religión para el pueblo vasco, dando ejemplos cotidianos de su piedad y la práctica de la misma, así de como del hecho que mientras el reclamante carlista encarna los principios y defensa de la fe, los vascos le seguirán hasta la muerte, y si se muestra falso, encontrarán otro reclamante legítimo bajo cuyo estandarte han de continuar la lucha.

---

27. *Ibid.*

28. *Ibid.*, p. 124.

29. *Ibid.*: «In spite of rents and patches, the Carlists are splendid soldiers, generally well drilled and full of enthusiasm for the cause, which in the idea of the vast majority, especially among the rank and file and subordinate officers, is that of religion, rather than of Don Carlos. So much so, that I can say without hesitation from what I have seen and heard myself, that if Don Carlos proved false to the Ultramontane principles, and gave signs of leaning towards Liberalism, he would be soon shelved like his father, Don Juan, another representative chose, and the war which is now “unto death” would continue».

Sin embargo, la impresión que se lleva el jesuita inglés sobre D. Carlos VII es tal que le lleva a reconocerse carlista pese a no ser español, y nos describe al reclamante bajo los siguientes términos:

«Don Carlos es un elegante, apuesto, y bien constituido joven, extremadamente amable y sencillo. Sus amigos dicen que su carácter es una mezcla de nobleza y puerilidad. Es de carácter fuerte, pero con algo de niño, con sólidos principios, pero aficionado a divertirse, etc., tanto que es deseo de todo buen Carlista que tenga buenos compañeros que lo mantengan derecho y alejado de líos. Es muy querido por la generalidad de sus soldados y oficiales, pero, como he insinuado, es querido con una condición, “que realmente represente los verdaderos principios de la causa, los principios de la sólida y concienzuda religión”»<sup>30</sup>.

Tras brindarnos su descripción de D. Carlos VII, el Padre Hayes prosigue relatando una visita del Rey a Loyola, en la cual pidió ver los aposentos de su viejo preceptor el Padre Cabrera, dejando una dedicatoria en lápiz sobre una pared del lugar. Seguidamente, el jesuita nos relata las condiciones militares de los carlistas, aludiendo a la falsedad de lo señalado al respecto por el periódico católico londinense *The Tablet*<sup>31</sup>, que describía la artillería carlista como meras armas de montaña cuando la realidad, acorde al Padre Hayes en tanto testigo ocular, era completamente otra. Atribuye el jesuita dicha información falsa a damas alfonsinas con contactos en el periódico inglés, más advierte a su Padre Provincial sobre la realidad de la situación y la excelente calidad de la artillería carlista y sus próximos planes de ataque<sup>32</sup>.

Seguidamente, nos describe el Padre Hayes la situación económica de las Provincias Vascongadas en tiempos de la Tercera Guerra Carlista, aludiendo a que la cosecha del año 1873 fue abundante y dado que por la guerra se pararon las expor-

---

**30.** *Ibid.*, p. 125: «Don Carlos is a fine, handsome, well-built young man, extremely amiable and straightforward. His friends say his character is a mixture of nobleness and childishness. He is strong-minded, but somewhat of a boy, with sound principles, but fond of amusing himself, &c., so that the desire of every good Carlisle is that he may have good companions to keep him straight and out of mischief. He is much liked by the generality of his soldiers and officers, but, as I have hinted, he is liked with a condition, “that he really represent the true principles of the cause, the principles of sound and thorough religion”».

**31.** *The Tablet*, fundado en 1840 por un cuáquero converso al Catolicismo, Frederick Lucas (1812-1855), fue el semanario católico más importante en Gran Bretaña. Para 1868 fue comprado por el futuro Cardenal Herbert Vaughan (1832-1907) al político *Tory* y converso católico John Edward Wallis, quien había alineado el periódico con los conservadores ingleses, en el marco de la complicada alianza entre *Tories* y católicos orquestada por Benjamin Disraeli y el Cardenal Wiseman una década atrás. Se mantuvo bajo la administración de los arzobispos de Westminster hasta 1935, año en el que el Cardenal-Arzbispo Arthur Hinsley (1865-1943) lo vendió a laicos católicos. Para mayores detalles, véase Eric G. TENBUS, *English Catholics and the Education of the Poor, 1847-1902*, New York, Routledge, 2016, pp. 53-54.

**32.** James HAYES, «Visit to the Carlist Country», *loc. cit.*, p. 126.

taciones, los alimentos abundaron en la región. Eso sí, señala que los más afectados por el conflicto fueron los pescadores, en tanto que la costa se encontraba vigilada por la marina del gobierno liberal, y solía atrapar a los pescadores y llevarlos prisioneros a San Sebastián como escarmiento, práctica que para el jesuita inglés era una conducta deshonrosa en la guerra, en especial dada la inactividad de la marina aparte de atacar pescadores.

Pero quizá lo más resaltante del testimonio de James Hayes, S. J., es su análisis final sobre la naturaleza y costumbres del pueblo vasco, sobre el cual, tras su recorrido por Durango, Lequeitio, Guernica y otros poblados de las Provincias Vascongadas, elaboró la siguiente reflexión:

«[...] nada dejó impresión más profunda en mí que la religiosidad y la fe de estos buenos vascos. Para mí ellos son un paréntesis en este protestante, liberal, y mal concebido siglo nuestro. Su preservación de la contaminación de la civilización moderna se debe en gran medida a su idioma, una barrera impenetrable frente a sus vecinos castellanos. Ojalá nunca pierdan su virtuosa simpleza, en comparación con la cual el refinamiento moderno es brutal grosería [...]»<sup>33</sup>.

Concluye su relato el futuro preceptor de D. Jaime III con su partida de las Vascongadas, y su paso por la iglesia de Andoin, en la cual pudo ver al VI Batallón del Ejército Real Carlista y parte del II Batallón de Guipúzcoa rezar el Rosario en una iglesia repleta de fieles, y como al finalizar, entonando la banda la «Marcha de San Ignacio», marcharon al encuentro de su destino. Con profunda admiración, el Padre Hayes enfatizó la costumbre del ejército y pueblo carlista de rezar el Rosario a las 4:30 de la tarde, como detalle final de su informe al Padre Provincial de la Compañía de Jesús en Inglaterra<sup>34</sup>.

---

33. *Ibid.*, p. 127: «[...] nothing has made so deep impression on me as the religiousness and faith of these good Basques. To me they are a parenthesis in this Protestant Liberal half-baked century of ours. Their preservation from the contamination of modern civilization is due in great measure to their language, an impenetrable barrier against their Castilian neighbours. May they never lose their virtuous simplicity, in comparison with which modern refinement is gross rudeness [...]».

34. *Ibid.*, pp. 127-128.

## 5. Visita al País Carlista

Poyanne, 24 de agosto de 1874<sup>35</sup>

Querido Padre Provincial<sup>36</sup>,

P. C.

Me encuentro alojado de forma segura en Poyanne, pese a los Liberales y Carlistas. La razón por la cual no le escribí antes ha sido la escasa posibilidad de que una carta os alcanzara desde las Provincias Vascongadas, donde el servicio postal se encuentra en un estado primitivo. Regresé a Francia antes de ayer, y hasta el momento me he encontrado ocupado relatando la historia de mi aventura con estos buenos españoles. Me encuentro bien de salud; la excursión me ha hecho bien.

Abandonamos Perigueux de forma inmediata tras las Ordenanzas y cruzamos el río Bidasoa en una pequeña barca, y así arribamos sin molestia alguna en territorio carlista. Los centinelas carlistas nos recibieron cálidamente, encantados de ver a una banda de seis jesuitas andar por sí mismos en las Provincias: para ellos una señal de que la causa de Don Carlos va bien. No tenéis idea de cuán preferidos son nuestros Padres entre los vascos. San Ignacio fue un vasco –y lo somos todos por participación. Durante las tres semanas que estuvimos en Guipúzcoa y Vizcaya hemos sido invariablemente bienvenidos en todas partes como amigos por soldados y civiles de todo rango. Tras cruzar el río fronterizo seguimos rumbo a Tolosa, pasando las montañas en mulas para evitar Irún, San Sebastián y Hernani, aún en manos de los liberales. Ocho horas de cabalgata a través de los pasos de montaña, nuestras pobres mulas avanzando con barro hasta las rodillas, deslizándose hacia abajo por rocas inclinadas o luchando pacientemente en zigzag hasta ascensos empinados, es un tanto tedioso; especialmente cuando el asiento en la espalda de una mula con un manojo de viejos sacos en lugar de un sillín y nada en lugar de los estribos, es decididamente incómodo. Sin embargo, avanzábamos alegremente, bromeando unos con otros y con nuestros muleteros, alegres compañeros, cuyo español entero consistía en pocas maldiciones y aún menos iniciativa. Esto también a pesar del presentimiento que en cualquier momento los republicanos de Hernani o Rentería podrían enviarnos un regalo de proyectiles, ya que es costumbre para ellos disparar a los transeúntes de cuando en cuando. No nos molestaron.

---

35. Traducción al castellano de la carta del padre Hayes al Rvdo. Padre Provincial. Puede consultarse el texto original inglés en James HAYES, S. J., «Visit to the Carlist Country, December 1874», *loc. cit.*, pp. 121-128.

36. Se refiere al Padre Peter Gallwey, S. J. (1820-1906), Provincial de Inglaterra de 1873 a 1876 (N. del T.).

El escenario de las Provincias Vascongadas es realmente muy pintoresco, una interminable sucesión de cordilleras y hermosos valles adornados con pequeñas y blancas cabañas. Los vascos son una raza laboriosa e inteligente, bien parecida y amable, simple en sus modales, de naturaleza pacífica, más independiente e indómita cuando poseída por una idea; son, además, rebosantes de fe y religión. No podéis imaginaros la impresión que produjeron en mí durante las tres semanas que pasé en medio de esta buena gente, tan genuina y profundamente Católica, entre la cual todo lo que se respira es religión. Su saludo ordinario a los sacerdotes es *Ave Maria purissima*. Cuando uno entra en la casa de otro se anuncia asimismo con un *Ave Maria*. Es seguro que un mendigo que no recita a voz en cuello el Padre Nuestro o el Ave María antes de pedir limosna recibirá un trato frío.

Desde luego, como consecuencia de la guerra civil las Provincias no se encuentran en su mejor momento; en todos lados uno encuentra casas y cabañas quemadas por los republicanos. En un pueblo, Oyarzun, cerca de Hernani, contamos casi ciento diez casas quemadas por éstos. El pueblo ahora se encuentra abandonado y sirve como barracas y puesto para dos o tres compañías de soldados carlistas. Mientras nosotros seis jesuitas entramos a lomo de mula en esta aldea los soldados, bien humorados, bromearon a costa nuestra. «Capitán», dijo uno sonriendo a su oficial, «aquí viene una tropa de jesuitas, ¿dónde vamos a acuartelarlos?». Tres jóvenes músicos entonaron la Marcha de San Ignacio, el Himno Nacional de Guipúzcoa, para recibirnos. Quizá os sorprenderá saber cómo nos las arreglamos para pasar sin ser molestados. Muy simple; ser un Jesuita significa pasar libremente y sin obstáculos entre los carlistas.

Tras nuestra jornada de ocho horas a lomo de mula, fuimos en coche a Loyola. El camino de Tolosa a Loyola fue muy interesante. Don Carlos y su padre, Don Juan<sup>37</sup>, Dorregaray<sup>38</sup> y compañía, acompañados por la escolta del Rey y su batallón escogido de guías se encontraban en Tolosa; estaban como nosotros en camino a Loyola, para celebrar la fiesta de nuestro santo Padre<sup>39</sup>. Tuvimos mucha compañía –incontables oficiales a caballo, soldados a pie, mulas cargadas con el equipaje del Rey y sus principales oficiales, e hicimos el camino, pese a dos horas y media de lento ascenso, animado y entretenido. Nuestro coche entró en Azpeitia justo en el momento en el que se esperaba al Rey; las calles estaban llenas de soldados, quienes al ver nuestro coche se alistaron para el saludo. De las ventanas y los balcones la gente del pueblo miraba animosamente para echar un vistazo al Rey. Al ver salir a

---

37. Don Juan, se recordará, abdicó en favor de su hijo algún tiempo antes del estallido de la presente guerra. Se suponía que estaba muy corrompido con el Liberalismo, y recibió una fuerte insinuación que no estaba apto para liderar el partido (N. del P. Hayes).

38. Se refiere a Don Antonio Dorregaray y Dominguera (1823-1882), destacado general carlista durante la Tercera Guerra (N. del T.).

39. Se refiere a San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús (N. del T.).

seis jesuitas, los soldados y el pueblo rieron a carcajadas, y a la vez nos dieron cordialmente la bienvenida. El Rey y su escolta llegaron poco después, y fue camino a Loyola por Azcoitia.

Entramos en Loyola en vísperas de San Ignacio, cerca de las 11:30 a. m., justo a tiempo para almorzar con la comunidad.

El día siguiente, la fiesta de nuestro santo Padre, cinco de nosotros, cuatro españoles y yo mismo, celebramos nuestra primera Misa en la *Santa Casa*, la mansión familiar del Santo preservada intacta dentro de un gran edificio. Todos celebramos en el mismo altar de San Ignacio, en la habitación en la cual el Santo yació herido, y tuvo una visión de San Pedro y la Santísima Virgen María. Podréis comprender cuánta alegría significó para nosotros. Un joven oficial carlista en uniforme sirvió en mi Misa.

Tras mi Misa y desayuno fui a caminar con un Padre español, y tuve la suerte de ver a los «Guías del Rey» entrar en Azpeitia en espléndida y ordenada marcha. Sus trajes son ligeros, elegantes y castrenses. Boina y pantalones rojo carmesí, polainas de cuero negro, blusa azul con cinturón, un pequeño saco de cartuchos, sin mochila. Verdaderamente un muy galante conjunto de jóvenes, todos bien armados. Todo hombre capaz en las provincias posee un rifle, y los batallones y compañías de soldados pueden encontrarse en cada ciudad y poblado. Todos están armados con Berdens y Remingtons, algunos bien vestidos, muchos con señales del terrible trabajo por el que han pasado en las alturas de Somorostro y Estella. Diarios extranjeros han preguntado a veces con muecas de desprecio, «¿Son estos harapientos mendigos soldados?» a lo cual les respondo *Habitus non facit monachum*<sup>40</sup>. Pese a los rasgones y parches, los carlistas son espléndidos soldados, generalmente bien entrenados y llenos de entusiasmo por la causa, que en el pensamiento de la vasta mayoría, especialmente en la tropa y oficiales subordinados, es la de la religión antes que la de Don Carlos. Tanto así, que puedo decir sin vacilación de lo que he visto y oído por mí mismo, que sin Don Carlos resultara falso a los principios ultramontanos y diera señales de acercamiento al liberalismo, pronto sería apartado como su padre Don Juan, otro representante elegido, y la guerra que ahora es «hasta la muerte» continuaría.

Estaba en la sacristía de la *Santa Casa* con un joven Padre español cuando entró Don Carlos, su padre Don Juan, dos o tres generales y dos oficiales de la escolta del Rey. El Rey inmediatamente se dirigió hacia nosotros y dijo que había venido para visitar a nuestro santo Padre. El joven español se hincó en una rodilla y le besó la mano. Hice lo mismo, diciendo, «Aunque no soy un español, soy un Carlista, y como tal deseo saludar a Su Majestad». Don Carlos se mostró encantado por mi

---

40. Trad. cast. «El hábito no hace al monje» (N. del T.).

franqueza, me estrechó la mano afectuosamente y me habló por un rato, por partes en francés y por partes en español, sobre Inglaterra y la Compañía. «No puedo, lamentablemente decir, hablar en inglés, pero mi padre sí». Diciendo ello, llamó a su padre, quien se encontraba al otro lado de la sacristía. Don Juan inmediatamente se dirigió a nosotros, y habló conmigo por un rato en un muy buen inglés sobre el éxito de su hijo Carlos y la esperanza de un triunfo final. En aquel momento el Padre Rector y tres o cuatro Padres graves entraron, y nosotros los *Padres leves* modestamente cedimos paso, por supuesto, a nuestros superiores. Tras visitar brevemente el altar del Santo, nuestros augustos huéspedes se retiraron saludando a todos muy gentilmente. Podéis ver que tuve suerte.

Don Carlos es un elegante, apuesto, y bien constituido joven, extremadamente amable y sencillo. Sus amigos dicen que su carácter es una mezcla de nobleza y puerilidad. Es de carácter fuerte, pero con algo de niño, con sólidos principios, pero aficionado a divertirse, etc., tanto que es deseo de todo buen Carlista que tenga buenos compañeros que lo mantengan derecho y alejado de líos. Es muy querido por la generalidad de sus soldados y oficiales, pero, como he insinuado, es querido con una condición, «que realmente represente los verdaderos principios de la causa, los principios de la sólida y concienzuda religión».

El Rey y los Carlistas en general están muy ansiosos de ver a los Padres españoles de regreso en Loyola, para tenerles como capellanes ordinarios del ejército, y misioneros extraordinarios, que pronto han de dar misiones a los distintos batallones; desean poner en sus manos las Universidades de Vergara, Oñate, etc. El Padre Provincial, por prudentes motivos, aún no ha decidido aceptar estos amables ofrecimientos.

Algún tiempo atrás Don Carlos, mientras visitaba Loyola, pidió que se le mostrase la habitación antaño ocupada por el Padre Cabrera, quien por muchos años fue su tutor. Al entrar en la habitación pidió un lápiz, y escribió en la pared

*Siempre recuerdo con cariño a mi querido maestro el P. Cabrera y Alquilar<sup>41</sup>.*

CARLOS.

En la actualidad hay en Loyola solo cuatro Padres y seis hermanos legos. Parte del edificio sirve como hospital para los carlistas heridos, quienes son atendidos por nuestros hermanos legos y las Hermanas de la Caridad. Hay actualmente cincuenta y seis heridos, muchos recuperándose: Un pobre hombre falleció de sus heridas unos días atrás. Desde luego visité el hospital, y encontré a los enfermos alegres y resignados, más ansiosos de encontrarse de nuevo listos para la lucha; la mayoría de estos eran vascos, y no podían hablar una pizca de español.

---

41. Al parecer hubo un error tipográfico al momento de escribir el apellido materno del P. Cabrera, que era «Aguilar» y no «Alquilar» (N. del T.).

La Festividad de San Ignacio se celebra en Azpeitia el día del Santo, y el día siguiente en Loyola. La estatua del Santo fue llevada en procesión de Azpeitia a la Iglesia de Loyola, donde la gran Misa Solemne fue cantada. Don Carlos, su padre, Dorregueray y cerca de veinte otros oficiales principales en uniforme completo, además de incontables soldados y oficiales subordinados, estuvieron presentes. Cinco Padres españoles y yo mismo llevamos el baldaquín para el Rey cuando entró y abandonó la iglesia. El entusiasmo de las masas fuera de la iglesia era indescriptible.

Al día siguiente (2 de agosto) se nos mostraron las Fábricas, de las cuales probablemente habréis oído bastante. Las máquinas para hacer cartuchos están bien montadas, y producen catorce mil cartuchos de metal por día. En cuanto a los cañones, se las arreglan para hacer aceptables de bronce. Vimos veintitrés de los veintisiete cañones comprados a Inglaterra. Aún siguen en Azpeitia, los otros cuatro están en Estella. La mayoría de éstos tiene el nombre y marca de Whitworth, Manchester, en ellos. Son todos de largo alcance y calidad de primer orden, aunque el calibre no es grande; dos cañones veinte libras son las piezas más grandes. De manera que, pese a la *alta autoridad* de *The Tablet*, que parece inclinarse a dar credibilidad a todo lo desfavorable para los Carlistas –tanto así que me atrevo a jurar a priori que recibe sus fuentes de algunas pías damas alfonsinas– aquí tenéis el testimonio de un testigo ocular de que las armas introducidas eran veintisiete, y no diecisiete, y que no todas son pequeñas armas de montaña, como la inspirada *Tablet* (25 de julio, p. 98) señala. Hay ocho pequeñas piezas de montaña, dos de veinte libras, todas con rifles y de largo alcance. Han estado trabajando duro en Azpeitia por armarlas, y recién han terminado.

Se están preparando en Guipúzcoa para atacar Irún y Hernani, y después caer sobre Vitoria.

Muchas mentiras se difunden respecto a la miseria de las provincias en manos de los Carlistas. La verdad es que hay una paz octaviana<sup>42</sup> –pan, vino, y carne un tercio más barata que antes de la guerra. Se de esto por la gente en Guipúzcoa y Vizcaya de todo rango y condición. Las cosechas del año pasado fueron abundantes, y dado que nada puede ser exportado actualmente, todo debe ser consumido en casa, tanto que hay superabundancia de alimentos buenos y baratos. Los únicos que verdaderamente sufren son los pobres pescadores en la costa, que no pueden salir al mar como consecuencia de los cruceros que están siempre en vigilia, que los atrapan y envían como prisioneros a San Sebastián; una forma innoble de hacer la guerra, especialmente cuando ello es todo lo que aquellos galantes cruceros realizan.

---

42. Con el término «paz octaviana», el Padre Hayes se refiere a una paz prolongada, un periodo de tranquilidad general (N. del T.).

Pocos días después de la festividad de San Ignacio, cuatro de los nuestros regresaron a Poyanne. Departí como socio junto a un Padre español, que tenía que ir por negocios a Durango, Lequeitio, Guernica, etc. Hicimos todo ese tramo de nuestro viaje a pie, quedándonos en las residencias de la Compañía la mayor parte. Esto me dio la gran oportunidad de estudiar el carácter de estos buenos vascos. Honestamente, pese a haber tenido la dicha de celebrar mi primera Misa en el hogar de nuestro santo Padre en su mismo día festivo, pese también a haber tenido la suerte de ver y hablar con tantas celebridades Carlistas, etc., etc., nada dejó impresión más profunda en mí que la religiosidad y la fe de estos buenos vascos. Para mí ellos son un paréntesis en este protestante, liberal, y mal concebido siglo nuestro. Su preservación de la contaminación de la civilización moderna se debe en gran medida a su idioma, una barrera impenetrable frente a sus vecinos castellanos. Ojalá nunca pierdan su virtuosa simpleza, en comparación con la cual el refinamiento moderno es brutal grosería. Podría contaros los muchos incidentes que prueban mi teoría, más debéis estar cansado.

Tras nuestro viaje a través de Durango, Guernica, Lequeitio, Motrico, retornamos a Loyola. Llegamos a Loyola el 15 de agosto, y partimos rumbo a Poyanne el 18 de agosto.

En el camino a casa tuve el placer de ver mil cuatrocientos Carlitas, esto es, el Sexto Batallón, y parte del 2do. de Guipúzcoa rezar el Rosario públicamente en la iglesia de Andoin. Los oficiales estaban ordenados alrededor de las barandillas del altar, y los hombres llenaron el cuerpo de la iglesia. Durante el Rosario todos se pusieron de pie, los soldados descansando sobre sus rifles. Cuando hubieron terminado el Rosario entonaron la Marcha de San Ignacio, la cual cantaron muy vigorosamente; el efecto era emocionante. Tras la «Marcha» abandonaron la iglesia, encabezados por la banda, etc. etc.

Cada tarde cerca de las cuatro y media los Carlistas rezan el Rosario en público.

Afectuosamente y obediente en Cristo,

J. HAYES, S. J.